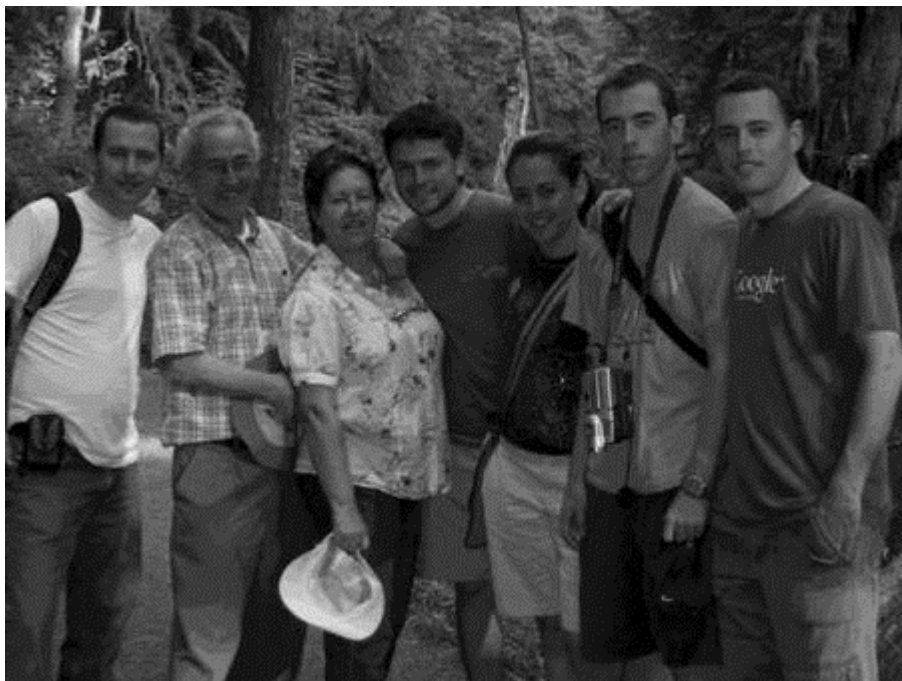


CARTAS DE AMOR

UN ROMANCE JUVENIL QUE SE CONVIRTIÓ EN HISTORIA DE VIDA

Enrique Posada
Luz Alba Pineda
2017



Volumen I
Cartas hasta el 14 de junio de 1971

TREINTA AÑOS CONTIGO

¿Qué se siente al leer la poseía de la juventud,
qué se siente al renovar esas caricias amorosas
que escribí con pasión y regalada plenitud
en momentos dulces inspirados por mi novia?

Esa novia es ya mi esposa de treinta años,
la mujer que ha vigilado mis viglias y mis días,
la compañera de aventuras felices y cuidados,
la que siempre ha respondido mis caricias.

Hoy comprendo que fui visionario y realista
al dejarme llevar por los sueños inocentes
que se hicieron realidad en una familia
y en la unión amorosa de dos seres

Hoy siento un amor mucho más grande
madurado por tantas cosas, por tantos hechos;
un amor que es eterno e insondable
como es el mar, como es el universo.

Cinco hijos resultaron de estas poesías
seres inmensos, como mi joven novia de bello pelo,
concebidos con el cariño de ella, con fe y alegría
y cuidados con su incansable amor y desvelo



Los comienzos de un romance juvenil

¿Quiénes pueden descifrar el amor, sino aquellos que han aprendido a amar, a amarse, a alimentar, a soñar y a construirlo?
¿Quiénes pueden definirlo, sino aquellos que se han sentido amados e identificados con su pareja, aquellos que han podido ver más allá de las palabras escritas, de las letras y los versos inspirados, el alma de su amado o de su amada, a través del tiempo y la distancia?

Hay momento, dos años y dos meses antes de separarse en el cual sus miradas se cruzaron, compartieron sueños, ilusiones y esperanzas cuando se conocieron Enrique y Luz Alba. Poco a poco han cultivado sus amores juveniles. De pronto, inesperadamente, se deben alejar. Enrique se ha ganado una beca para estudiar en Estados Unidos y se tiene que marchar. Los que han pasado por



esto, casi siempre ven cómo se termina el romance, azotado por la distancia. Pero no se dejan de amar. Aún él no se marcha y ya ella le dice a su amado: aún no te alejas y ya me haces falta, llévame contigo y recuerda cuánto te amo por medio de nuestras cartas... Es esta la historia de amor que se va tejiendo por medio de unas cartas de amor que Enrique y Luz Alba se escribieron y conservaron y que ahora, pasados más de cuarenta años, publican como testimonio de un romance juvenil que se convirtió en su historia de vida y en la génesis de un precioso hogar.

Ellos se conocieron en Manrique, en la carrera 44 con la calle 68, en su adolescencia en el año 1963. 14 años tenía él y 13 ella. Luz Alba acababa de llegar del municipio de Argelia y Enrique del barrio Belén. Su familia, ilusionada, disfrutaba por primera vez de casa propia, una hermosa y cómoda edificación con un patio en el medio, un magnífico balcón y un solar con un guayabo y un naranjo que daba naranjas de azúcar (solo que al comprar la casa su padre fue engañado, estaba agrietada y tenía fama en el barrio de que se iba a caer; el vendedor tapó las grietas convenientemente y la

entregó pintada y reluciente; en un par de meses empezaron a aparecer las rajaduras escondidas y se fueron agrietando los muros más y más y siguieron años de reparaciones e incomodidades). La familia de Luz Alba también estaba disfrutando de su casa propia, igualmente amplia y hermosa, pero absolutamente firme y estable. Eran vecinos, sus casas frente a frente. Enrique la recuerda como una joven hermosa y tímida, por quien sentía simpatía e inclinación. Aún hoy en día recuerda la primera vez que la vio, desde el balcón de su casa y se atreve a decir que sintió una cierta premonición, una sensación de que ella iba a ser la mujer de su vida.



Siguieron cultivando relaciones de vecinos. Ella era amiga de su hermana y con frecuencia venía a su casa. Él era amigo de sus hermanos y acostumbraba a ir a la casa del frente en las noches, no a visitarla, sino a ver televisión. Eran las épocas en que no había televisor en todas las casas. Por otra parte, Enrique, que siempre ha sido muy buen estudiante, poco a poco se convirtió en el tutor de Luz Alba en sus dificultades académicas de bachiller y encontró el sendero de una amistad singular con ella, cuando le explicaba cómo resolver problemas y cuando le ayudaba con las tareas; un inocente comienzo para una relación que no sospechaban iba a ser duradera.

Un par de años han transcurrido cuando Doña María Botero, la madre de Luz Alba, falleció. De ella recibió Luz Alba, la última descendiente de un hogar que tuvo 18 hijos, su amor de madre y un claro sentido de responsabilidad familiar. Enrique recuerda que, en

sus funerales, en la parroquia de El Buen Pastor, ayudó en la Eucaristía, mientras contemplaba el rostro triste de Luz Alba.

Terminado su cuarto años de bachillerato en el Liceo Manrique, se gradúa Luz Alba como bachiller en comercio y Enrique como bachiller académico en la Universidad Pontificia Bolivariana. Ella se va para Buenaventura, donde tenía varios hermanos trabajando en



farmacia. Enrique, entra a estudiar ingeniería mecánica, pasa cierto tiempo en el cual no se vuelven a ver y la imagen de Luz Alba es un recuerdo agradable que se va diluyendo en la mente de Enrique, concentrado en sus estudios y en la vida de la universidad.

Por la época, vivía Fanny, la hermana de Luz Alba, en una casa de la carrera San Martín. A veces la veía y la saludaba cuando ella salía al balcón y él pasaba caminando entre su casa en Manrique y la parada del bus que lo transportaba a la universidad. En uno de esos días, subía Enrique

por San Martín hacia su casa y al saludar a Fanny, que coincidentalmente estaba asomada al balcón. Le preguntó por Luz Alba. Y ella le dice que está allí, que si quiere entrar a la casa y saludarla. Todavía recuerda Enrique esa extraña sensación, una inesperada premonición de que Fanny y ese balcón son instrumentos del destino y que hay una dulce flecha amorosa

penetrando en su joven corazón. Viene a su mente la imagen de la amiga joven de barrio que le pedía tímidamente, a veces apenada y sonrojada, que le ayudara con las tareas, algo que él, secretamente disfrutaba y deseaba.

Sube Enrique y la silueta de Luz Alba aparece en la sala, de rosadas mejillas, cabellos largos como de oro que resplandecen con el sol del atardecer que se asoma por la ventana, él así la vio... y casi sin querer queriendo, late más fuerte su corazón. Se saludaron con timidez y se sentaron a conversar y por primera vez, Enrique la miró con tímida sensualidad, como mujer. Recuerda sus piernas, que dejaban ver la falda corta, y su sonrisa. Sus ojos cambiaron y la ilusión en su corazón comenzó a florecer. De inmediato se imaginó que podría ser su novia, su primera novia, ya no su amiga de tareas y ¿por qué no?, su mujer. Rápidamente empezó a pensar sobre las cosas que surgen cuando se está enamorado, sobre todo cuando no se sabe si esos sentimientos son correspondidos. Enrique guardó en su alma esas cosas, de nada de eso se habló ese día. Ella nunca le ha contado qué pasó por su mente. Pasó una hora, compartieron un poco de las cosas que pasan, de lo que hacen, y cultivadas por esos pequeños detalles que hacen la vida, quedaron sembradas las semillas del amor.

Colecciono lápices -ella le contó- y él sin pensarlo mucho, con la ilusión que llevaba dentro de corazón, a coleccionar lápices le ayuda...Y con este pretexto se repiten los encuentros, hasta que ya son tantos los lápices, que Enrique finalmente se atreve y le dice que quiere visitarla como mujer, estar con ella, charlar, ser su novio.

Así comenzó esta historia hermosa de amor, que acá queda escrita como regalo para hijos, nietos, amigos, como un testimonio de las bendiciones que Dios concede a los que se atreven a confiar, a soñar, a disfrutar de los tesoros del amor de pareja, del amor familiar.

LAS CARTAS

Acá se van a compartir las cartas que estos dos se escribieron con motivo de su amor de lejos. Resulta que cuando Enrique era estudiante de tercer año en la facultad de ingeniería mecánica de la Universidad Pontificia Bolivariana, se ganó una beca de la entidad norteamericana LASPAU para terminar sus estudios de pregrado y para hacer una maestría en una universidad de Estados Unidos. Esto implicaba cerca de cuatro años de ausencia. Luz Alba, en la época, trabajaba en la empresa de aviación SAM como secretaria del jefe de aeropuerto de la misma. Ya tenían un par de años de noviazgo, muy centrado en visitas de él a la casa de ella en la carrera San Martín y en idas a cine al teatro de cine alternativo Libia en el centro de la ciudad, condimentadas por paseos por la calle Junín. En esa época Enrique era miembro de los Campamentos Universitarios de Promoción Social, y pasaba sus vacaciones en veredas campesinas marginadas, desarrollando labores con comunidades y cultivando su sentido de compromiso social. Cada vez hacía más amistades en las facultades humanísticas y calibraba sus sentimientos por Luz Alba con los que sentía por otras mujeres agradables, universitarias y buenas conversadoras.

En medio de todo esto, se dio el viaje y con ello surgió el desafío de aprender a amarse desde lejos, de mantener la pasión y la ilusión a base de cartas. Una historia que merece ser contada. En ella se pueden apreciar los cambios, las circunstancias, las dificultades, los mecanismos, las palabras, los detalles, los pensamientos que pasaban por las mentes y los sentimientos de los corazones de estos dos seres humanos que fueron capaces de mantener vivo el sueño del amor.

Las primeras cartas fueron escritas por Enrique antes de su viaje y ya muestran lo que pasa en su mente, que se ve dispuesta a proyectarse de forma decidida hacia el amor estable y hacia la vida familiar. De todas formas es una época de preguntas, de

inseguridades y exploraciones. No hay cartas de Luz Alba en esos meses previos al viaje.

Marzo 18/69 Enrique

Frustraciones y miedos de un enamorado inexperto

Amor mío quiero decirte muchas cosas, quiero expresarte tantas desdichas. Quiero que me comprendas tanto...

Ante todo, yo quería amar. Créeme. Desde hace dos o tres años comenzó en mi un cosquilleo, un deseo insatisfecho, un anhelo de amar a una mujer, de entregarle mi vida, de quererla, de besarla mucho, de sentirla muy junto a mí, no soltarla de mis brazos, de darle todo lo que soy, ofrecerle mi vida, mi entrega, mis trabajos, de tener hijos con ella y, naturalmente, que ella me amará también. Y mi sueño era el futuro con mi amor. Y quizás hasta pequé pensando en ella, en mí y en nuestros amores. Pero no, amada mía, miento, no pequé: era tan puro mi deseo, lo veía tan bello, tanto lo anhelaba.

Y un día, tú lo sabes, me encontré contigo. Algo te quería ya. Algo en ti, había soñado, ya te sabía un poco desdenosa. Pero eras la única muchacha que tenía que ver conmigo. Y ese día de nuestro encuentro fuiste amable conmigo, y yo estaba tan solo; y anhelaba tanto una mujer. Comprenderás: era lógico. Te hice la mujer de mis sueños. Temía al problema de tu edad. Muy pronto no me importó. Cada vez me gustabas más, me preocupaba tu tendencia a engordar, pero me dije: si me quiere no va a engordar. Y luego te lo dije claramente. Claro que antes, en una noche emocionante para mí, te declaré mi amor. Y Dios lo sabe, quise hacer las cosas tan románticamente...

Tú lo sabes siempre quería estar romántico. Siempre pensando en mi gran amor. Yo soy soñador. Te escribía versos. Te decía frecuentemente me gustas. Te quiero, y tú me decías: Sengado. Luz Alba, tú lo sabes; es más, te lo juro, mi amor: Tenía una idea tan hermosa de nuestro amor. Trataba de moldearte a la imagen de mi mujer ideal. Pero pobre de mí, poco era tu cambio. Yo me dije: Luz

Alba será mi mujer, mi consentida, mucho la voy a querer. Y tú nunca me entendiste. Si alguna vez me aceptaste una invitación de mi ser, casi creo por agradarte, fue casi por salir del paso, a base de ruegos. ¡Era tan poco para ti!

A mis palabras de amor, muchas veces tontas y cansonas, lo reconozco, pero siempre sinceras y anhelantes de respuesta, muy poco respondiste. El día de tu cumpleaños cuando emocionado, sin importarme la pena que pasaba en tu casa, te hice un humilde, pero para mí emocionante obsequio, tu repuesta fue irte a gozar con otros, mintiéndome, humillándome, casi que matando mi anhelo. Yo te decía: te necesito en mi vida, quiero verte muy seguido. Me atraíste tanto, que muy pronto tomé tu mano. Pero con qué inmenso respeto lo hacía. Y algo había en ello, que quizás no hayas captado: Cuando tu cuerpo levemente rozaba, ahí te sentía mía. Qué pesar de que nunca veías, o mejor casi nunca veías en ello nada grandioso. Tú lo volvías charla: Una hormiguita o un alacrán busca mi mano.

Bueno mi Luz Alba. Hasta aquí, todo pasó. Al fin y al cabo, no me rechazabas, habrá esperanza, en tu casa me querían, confiaba yo en tu cambio. Y, sobre todo: ¡tanto te quería! ¡Me agradabas tanto! Y yo pensaba, al fin insondable es la mujer. Luz Alba, en el amor, nunca habrá pensado.

Pero me reservabas una sorpresa y eso si no podía soportarlo. Mira: soporté que cuando te declaraba mi amor y te hablaba desde mi corazón, tú lo tomaras a charla. Soporté que nunca me hicieras caso. Y bruto de mí, me seguí enamorando. Y me decía: ella cambiará. Como aquella vez que prometiste y hasta quisiste que estuviéremos muy juntos y nuestras mejillas se rozaran. Y una vez que creí oír, muy pasito, pero espontáneamente, que me decías: Amor.

Pero lo que no soporto es lo que de cierto tiempo acá, ha destrozado mi anhelo. Mira, mi amor yo he de amarte mucho y soy capaz de hacer tanto por ti, pero quiero decirte desde el fondo de mi alma, que me siento muy humillado, muy triste, que me da miedo de ti,